

LOS DOS INCENDIOS DEL TEATRO ROMEA, DE MURCIA

POR
ANTONIO CRESPO

I

A lo largo de su historia, el Teatro Romea, de Murcia, ha sufrido dos graves incendios: uno, el 8 de febrero de 1877, y otro, el 10 de diciembre de 1899. Ambos conmocionaron la vida apacible de la ciudad, que era entonces un pequeño núcleo urbano de unos veintiséis mil habitantes. Los dos siniestros tuvieron un elemento común y es que el fuego empezó en el escenario y destruyó principalmente la parte central y Norte del edificio. En todo lo demás, hubo notables diferencias: en el de 1877, las llamas se produjeron, al parecer, a causa de unas bengalas mal apagadas, se inició pasada la media noche con el local vacío y no hubo víctimas; en el de 1899, el origen fue un cortocircuito, comenzó a media tarde, con bastante público en las localidades y murió una persona.

Es preciso situarse mentalmente en la segunda mitad del siglo XIX para comprender la profunda impresión que tales sucesos provocaron en la población. Porque ambos siniestros, además de altamente destructivos, resultaron espectaculares, con altas humaredas, llamaradas de considerable longitud y muchas horas de trabajo para extinguir el fuego. Además, en el incendio de 1899, cundió el pánico en la ciudad, por temor a que perecieran los asistentes a la función. Es lógico, por tanto, que muchos años después se hablase en Murcia de los dos siniestros del Romea, como puntos claves de la crónica negra local, en la cual se han inscrito también la riada de Santa Teresa, el cólera de 1885 y el crimen y



ajusticiamiento de “La perla”. Y es que todos los pueblos, junto a los fastos y celebraciones memorables -como una visita real o una nueva línea férrea- conservan largamente el recuerdo de los trágicos acontecimientos que han marcado su historia.

El Teatro Romea era un enclave importante en la vida murciana. Significaba la posibilidad de gozar de la zarzuela o del drama, de la comedia o incluso de la ópera, en un marco elegante y acogedor. Y significaba también la oportunidad para el encuentro social, el lucimiento del vestuario y el discreto coqueteo. En el Romea, las gentes se saludaban, se criticaban, se enamoraban... En el escenario se representaba una obra -seria, a veces; alegre, otras- y en los palcos y plateas, en los pasillos y vestíbulos, se representaba otra, sin texto escrito, protagonizada por docenas de murcianos, a quienes movía, según los casos, la ambición, la envidia, el amor, los celos, el despecho...

Los datos fidedignos sobre los dos incendios son más bien escasos y están recogidos en la Prensa de la época y en las Actas Capitulares; con la dificultad, en lo referido a 1877, de que sólo se conserva la colección de un periódico: “La Paz de Murcia”, dirigido por Rafael Almazán. De este diario tomamos la información del dramático suceso, rica en detalles en algún punto, pero también insuficiente e incluso inexacta en otros.

II

La noticia inicial del primer incendio se publicó el mismo día 8 de febrero, en una “Última hora” apresurada y breve, porque el periódico cerraba la edición hacia la una de la tarde. Decía que se había declarado “un horroroso incendio” en el teatro, de madrugada, y que el edificio había quedado “reducido a escombros casi en su totalidad” (1). Las llamas -agregaba- no habían sido dominadas por completo (2).

Al día siguiente, con más reposo, “La Paz” publicaba una crónica extensa. En ella se lamentaba de la destrucción -no total, por supuesto- del edificio, cuya construcción había dirigido un arquitecto murciano y en el que otro artista de la tierra, el pintor José Pascual, había dejado la huella de su talento en las pinturas del techo. Recordaba al compositor Fernández Caballero, al actor José Calvo, a los dramaturgos Echegaray y Herranz, los cuales ya no recibirían en el Romea las ovaciones debidas a su arte.

Atribuía el incendio a la chispa de alguna de las bengalas usadas en la última función, una obra, por cierto, del murciano Ricardo Sánchez Madrigal, titulada *El*

(1) “La Paz de Murcia”. 8-2-1877. En adelante se cita por LP.

(2) Lug. cit.



año que pasó. Para el cronista, tal chispa debió quedar escondida “ya entre los bastidores, ya en el foso del escenario, o bien en cualquiera otra parte de las muchas donde con tanta facilidad podría arder todo el teatro” (3).

El periódico, no queriendo atribuir culpas a nadie, sugería la posibilidad de que el fuego se iniciase de un modo muy silencioso, por lo cual no llamó la atención de los encargados de revisar el teatro al terminar la representación. No sabemos si esa revisión se realizó de modo adecuado o de forma rutinaria y descuidada. En cualquier caso, todo el maderamen del escenario ardió prontamente y de allí debió extenderse, a través de telones y cortinas, al patio de butacas, palcos y plateas. Poco después -narraba “La Paz”- “el fuego salía por todas las ventanas”, se derrumbaba el techo del escenario “con un ruido espantoso” y las campanas de las iglesias avisaban del siniestro a la población”. Esta, que dormía plácidamente, se despertó con la natural alarma, y muy pronto acudieron a las fachadas del teatro numerosos murcianos, especialmente los bomberos y aguadores, así como las autoridades civiles y militares.

El cronista de “La Paz” -que no era Rafael Almazán, a juzgar por un detalle posterior (4)-, realizó una bella descripción literaria del suceso, como puede apreciarse en los párrafos siguientes:

“La luz del día se distinguía en el Oriente, el color rojizo de las llamas iluminaba un extenso contorno y el cielo teñido de un color sumamente fuerte, dejaba caer al parecer una lluvia de gruesos carbones encendidos; y allá en medio de la anchurosa plaza, envuelto en gigantescas llamas se consumía nuestro teatro lanzando incesantemente, como acentos de desesperación, estridentes y sonoras detonaciones.

Si antes se hubieran apercibido del fuego y las parroquias hubiesen llamado, tal vez se hubiera podido evitar algo, mas así todo lo que se hizo fue en virtud de esfuerzos heroicos” (5).

La insuficiencia de medios en aquella lejana época motivó que el fuego durase, desde la madrugada, todo el día 8 y, aunque dominado en algunos momentos, renació al atardecer con mayor violencia por la parte Norte del inmueble; continuó toda la noche e incluso el día 9 por la mañana, aunque más lento y amortiguado.

El balance del siniestro se resume en esta frase: “Hasta el presente se ha podido salvar toda la parte del teatro que hay desde la puerta principal hasta el muro que daba entrada al patio, palcos y galerías, lo demás son ruinas” (6). Los actores de la compañía perdieron su vestuario (7).

(3) LP 9-2-77.

(4) Lo revela la frase en que el periódico da las gracias “al colaborador que nos ha favorecido con la revista de los sucesos de las últimas 24 horas”.

(5) LP 9-2-77.

(6) Lug. cit.

(7) “La Correspondencia de Murcia”. 8-2-77.



El periódico de Almazán elogió la actuación de las autoridades civiles y también la de los capitanes de Artillería Mena y Grande, que dirigieron a los operarios de la fábrica del Salitre; las fuerzas de Infantería, que ayudaron con bombas de agua, el ingeniero de Minas señor Pardo, la Guardia Civil y la municipal, el barítono Máiquez, que colaboró en salvar los efectos que se extrañan...

Se resaltó la valentía y eficacia del jefe de los bomberos, Salvador Martínez, a quienes muchos vieron "con un hachón encendido en la mano, multiplicándose y dando señales de una actividad febril". El cronista dijo que "era verdaderamente un héroe pero muy temerario" (8).

Durante la noche del 8 al 9, trabajó en la extinción del fuego una sección de bomberos "con sus incansables jefes", ayudados por soldados de Artillería, Guardia Civil y municipal, aguadores, etc.

Los medios, insistimos, eran tan limitados que, una semana después, todavía humeaban las cenizas y se descubría fuego al retirar escombros de las ruinas (9).

Con total certeza no se supo nunca la causa del siniestro (10). La teoría de la bengala parece bastante probable, pero el rumor de haber sido un incendio provocado circuló con tanta insistencia como falta de fundamento. Siete años después, la Prensa todavía se esforzaba en rechazar esta malévola hipótesis, lamentando que "no se desplegara más actividad para en aquellos primeros momentos aprovechar todas las huellas que hubieran quedado impresas, recogiendo indicios que pudiesen conducir al esclarecimiento de la verdad, dando de este modo un mentís más solemne a la maledicencia, que sin saber por qué, se empeñaba en no encontrar casual el suceso" (11).

III

El segundo incendio se produjo en la tarde del 10 de diciembre de 1899, cuando actuaba la compañía de Ricardo Sendra. El teatro estaba bastante concurrido, por ser una jornada fría y lluviosa que no invitaba al paseo. El patio de butacas se encontraba ocupado a la mitad; en las plateas y palcos había algunas "distinguidas familias", pero lo que más abundaba eran niños al cuidado de las sirvientas. Y en las galerías, una concurrencia muy numerosa de gente del pueblo, en su mayoría mujeres y criaturas de pocos años.

La orquesta de Mirete interpretaba el preludeo del tercer acto de *El anillo de hierro* con el telón levantado, cuando se vio una especie de relámpago en la parte

(8) LP 9-2-77.

(9) LP 15-2-77.

(10) Así, en 1879, con motivo del segundo aniversario del incendio, al escribir que el teatro fue "devorado por las llamas", se agregaba: "que todavía no se sabe cómo se produjeron" (LP 5-2-79).

(11) LP 2-4-1884.



superior del escenario. Muchos espectadores se inquietaron, aunque algunos pensaron que se ensayaba la simulación de una tormenta para el acto que comenzaba. Sin embargo, la descarga eléctrica produjo fuego en el interior del escenario, por lo que dos miembros de la compañía, Enriqueta Toda y Ricardo Sendra, salieron rápidamente al proscenio, gritando: “¡Señores, calma; esto no es nada!”. El público intuyó el peligro, pero la orquesta de Mirete tuvo el acierto de seguir interpretando el preludio, con lo que, en los primeros momentos, se evitó una peligrosa desbandada. No obstante, los espectadores, con el lógico temor de una catástrofe, empezaron a abandonar sus localidades, sin precipitación al principio, hasta que se vio arder una de las bambalinas y propagarse la llama “con la celeridad de la pólvora”, señal inequívoca de la gravedad de la situación. En las galerías, los aposentadores ayudaban a las criadas a bajar con sus niños y atendían a aquellas que, lesionadas o presas del miedo, no acertaban con la salida (12). No faltaron niñeras que huyeron, dejando abandonadas a las criaturas encomendadas a su cuidado, las cuales tuvieron que ser evacuadas por personas más responsables (13). Algunos espectadores del patio de butacas también ayudaron a bajar niños de las plateas y a dar ánimos a las señoras que los acompañaban (14).

De pronto, cayó ardiendo uno de los telones de la decoración, y entonces fue cuando los espectadores, los artistas y los músicos, salieron precipitadamente hacia las puertas, en las que, “aunque la aglomeración era mucha, no se produjo el hacinamiento y la confusión desatendida y horrible de casos análogos” (15). Los profesores de la orquesta, inmersos en el pánico colectivo, dejaron abandonados sus instrumentos musicales y varios de ellos sus capas y sombreros (16). Los porteros y algunas personas que conservaron la serenidad, gritaban “¡Calma!, ¡espacio!”, para tranquilizar a quienes en avalancha buscaban el exterior (17). Hubo una gran complicación cuando bastantes espectadores pretendieron salir por las dos puertas laterales, así como por otra que comunicaba el salón del piso con el pasillo, y se las encontraron cerradas. “Por causa de esta imprevisión torpe y censurable pudo ocurrir más de una desgracia” (18).

El traspunte, al ver que el fuego aumentaba, se fue al patio de butacas para salvar a un hijo del barítono Lucio Delgado, que estaba entre el público. El niño no sufrió lesión alguna, pero su salvador se hirió en la pierna izquierda. Por su parte, el encargado del archivo musical, al comprobar el fuego, en vez de escapar, abrió la ventana de la habitación y comenzó a arrojar a la calle los paquetes de

(12) “El Diario de Murcia”. 12-12-1899. En adelante se cita con las siglas DM.

(13) “Heraldo de Murcia”. 11-12-99. Se cita en adelante por HM.

(14) DM 12-12-99.

(15) Lug. cit.

(16) HM 11-12-99.

(17) DM 12-12-99.

(18) HM 11-12-99.



partituras. Al notar que el incendio crecía, saltó por un hueco, cayendo a uno de los pasillo inferiores y pudo alcanzar la puerta de salida sin lesionarse (19).

Aún quedaba bastante gente en el interior, cuando “una devastadora llama avanzaba del escenario a la sala, llenando con su resplandor rojizo y densa humareda todo el edificio”. En ese punto se apagó el alumbrado eléctrico, lo que aumentó la confusión (20). De los camerinos salían algunos artistas cuando, a causa de la oscuridad, cayeron al suelo varias señoras, pasando por encima de ellas quienes buscaban angustiosamente la salida (21). Algunos espectadores que ocupaban las galerías, presas del pánico, se lanzaron a la calle desde las ventanas del piso principal, por la fachada frontal a la iglesia de Santo Domingo (22). Otro espectador intentó salir por la puerta de dicha fachada; al verla cerrada, hizo dos disparos, no consiguiendo abrirla, por lo que hubo de salir por la central “a oscuras y respirando en el pasillo un humo asfixiante” (23). Un hombre de los últimos que se pusieron a salvo encontró en un rincón a cuatro niños que, aterroizados, llamaban a su padre; como pudo, sacó a aquellas criaturas a la calle (24).

En unos cuatro minutos quedó desalojado el edificio, mientras el fuego invadía butacas, plateas y palcos. “El escenario era un horno gigantesco. El fuego salía por las ventanas del lado Norte con gran fuerza, mientras que el calcinamiento de los techos y el crujir de las maderas producían un rumor fatídico. / No tardó en venir abajo la techumbre del escenario, primero, y momentos después el grandioso techo del patio” (25).

Al cortarse el alumbrado en el Romea, se produjo un apagón de carácter general en la ciudad. Las campanas de las iglesias tocaron a fuego, lo que causó la natural alarma entre el vecindario; pero cuando se supo que era en el teatro, el pánico de la población fue enorme porque eran numerosas las familias que allí tenían a los suyos (26). “Inmensas llamaradas de fuego y humo se elevaban en horribles oleadas que, empujadas por el leve viento de Poniente, desprendían carbonizados fragmentos y una espesa lluvia de brasas llegaron hasta las calles de Zambrana y San Lorenzo. / Las calles y plazas próximas al incendio se hallaban iluminadas por el rojo resplandor del siniestro. / El teatro era una inmensa hoguera” (27). Cientos de personas salieron rápidamente de sus hogares y acudieron a buscar a familiares y amigos o, simplemente, a comprobar las dimensiones del

(19) DM 12-12-99.

(20) Lug. cit.

(21) Lug. cit.

(22) HM 11-12-99.

(23) DM 12-12-99.

(24) Lug. cit.

(25) Lug. cit.

(26) HM 11-12-99.

(27) DM 12-12-99.



incendio (28). “Muchas madres, transidas de dolor, enajenadas por el espanto, gritaban “¡hijo mío!, ¡hijo de mis entrañas!”, y se dirigían corriendo al teatro en busca del ser querido al que suponían abrasado por las llamas. / Algunas de ellas fueron acometidas de ataques nerviosos, siendo auxiliadas por los que presenciaban estas desgarradoras escenas” (29). Las gentes corrían por la Trapería, por las calles de Algezares, Jabonerías y cuantas desembocaban a la plaza de Romea, y muy pronto ésta se vio invadida de murcianos. Muchos “se imaginaban que era el teatro un montón de llamas y cadáveres” (30). Sí era cierto que la parte alta parecía un volcán en erupción y que “trozos de la techumbre caían a grandes distancias” (31). La actriz Resurrección Alonso, que se hallaba enferma en el hospedaje de La Flor (calle de la Acequia), al enterarse del suceso, saltó de la cama con la pretensión de acudir al teatro, quizá para ayudar a sus compañeros. Varias personas que se alojaban allí impidieron su propósito (32).

Conforme pasaban los minutos se fue comprobando que no quedaba nadie dentro: sólo abrigos, sombreros, instrumentos musicales... La única víctima fue Antonio Garriguez Domenech, de 17 ó 18 años, hijo de Ramón Garríguez, empleado de la maquinaria, que cometió el error de volver a entrar, una vez a salvo, para recoger una manta. Se supone que lo aturdió el humo, equivocó el camino y bajó por la escalera del foso donde murió, con las piernas y manos carbonizadas. Entre los heridos sólo hubo uno de cierta importancia: José Martínez, maquinista del teatro, que resultó con “extensas quemaduras en la cara”, en sus “heroicos esfuerzos” por atajar el fuego (33).

Varios espectadores se distinguieron en su labor de auxilio a los demás. Así, José Rodríguez, auxiliar de secretaría de la Delegación de Hacienda, quien, ya en la calle, entró varias veces para ayudar a sacar a niños y mujeres. En una de las ocasiones se encontró a oscuras en los pasillos y con la puerta principal cerrada., y sólo logró salir después de dar muchas voces y golpes. También fue meritorio el caso de Eustaquio Sánchez, alias “Paloma”, el cual, después de subir a los vestuarios de los artistas a avisar a algunos que quedaban, ayudó al joven Dionisio Mosquera. Al dirigirse ambos desde el escenario a una de las puertas laterales -la de Poniente- la encontraron cerrada. Menos mal que sus voces fueron escuchadas desde el exterior y alguien pudo abrir un boquete con un hacha por donde “escaparon

(28) José Ballester trazó una evocación literaria del suceso en un artículo recogido posteriormente en el libro “Estampas de la Murcia de ayer” (Col. Hoja de Laurel. Murcia, 1977), con el título de “Arde el Romea”.

(29) HM 11-12-99.

(30) DM 12-12-99.

(31) HM 11-12-99.

(32) DM 12-12-99.

(33) Lug. cit.



de una muerte segura” (34). Esta decisión de tirar la puerta a hachazos la adoptó el juez municipal de San Juan, Luis Laserna, salvándose así bastantes vidas (35). Igualmente se distinguieron los empleados de la imprenta de Andrés Sáez, arrendatario del Romea. Uno de ellos, que hacía trabajos en el teatro, buscó a un hermano suyo y con dos niños más salió por la puerta del escenario (36). Otro caso digno de mención fue el de Mariano Morales, empleado de Mariano Crespo Blanco. Bajaba desde el *paraíso* con dos hijos de su jefe y la criada, cuando encontró a varias criaturas solas, a las que llevó hasta la puerta frontal a Santo Domingo. Estaba cerrada, como se ha dicho, y, cansado de llamar inútilmente, se dirigió con todos los chicos por el pasillo del piso bajo hasta encontrar la puerta principal, cuando el fuego ya era muy grande (37).

I V

Cuentan los cronistas que desde los primeros instantes acudieron las autoridades murcianas al lugar de los hechos: el gobernador civil, Juan Campoy; el coronel comandante militar, Antonio Torrecillas; el fiscal de la Audiencia, Joaquín Amo, el alcalde, Diego Hernández Illán, y la mayor parte de los concejales. También acudieron la brigada de Infantería, Guardia Civil, carabineros, agentes de orden público y Guardia Municipal, así como el presidente de la Cruz Roja, Manuel López Gómez, con el personal y material de la misma. Y, por supuesto, la brigada de bomberos, reforzada con una bomba de agua de la fábrica del Salitre y otra de la compañía del ferrocarril (38).

Fue meritísima la labor de los bomberos, con la ayuda de los cuerpos militares y los paisanos. Trabajaron durante 24 horas seguidas, desde las seis menos cuarto del domingo hasta la misma hora del lunes, y gracias a ese esfuerzo, la destrucción resultó menor de lo que pudo ser (39). Consiguieron salvar la mayor parte de los efectos de la guardarropía, la sastrería de la compañía de Cereceda, situada en el piso principal, casi todo el vestuario de los artistas, el archivo, la armería y parte del instrumental de orquesta. A las doce de la noche, el fuego estaba localizado en el escenario y la sala, que se habían quemado totalmente (40). La magnitud del incendio puede calcularse sabiendo que “las enormes columnas de sillería del escenario” quedaron “calcinadas por completo” y “retorcidas las columnas que sostenían las galerías y los palcos” (41). La torre de la Catedral estuvo iluminada

(34) Lug. cit.

(35) HM 11-12-99.

(36) DM 12-12-99.

(37) Lug. cit. (Mariano Crespo Blanco fue tío-abuelo del autor de estas páginas).

(38) HM 11-12-99.

(39) DM 12-12-99.

(40) HM 11-12-99.

(41) DM 12-12-99.



varias horas por las llamas y “ofrecía el aspecto de un inmenso espectro rojo”. Viajeros procedentes de Alicante pudieron ver, desde la estación de ferrocarril de Orihuela, la claridad de las llamas, de un modo tal que “parecía estar ardiendo la población de Murcia entera”. Desde diversos pueblos también contemplaron los efectos luminosos del incendio” (42).

Hasta las últimas horas de la noche del domingo, las bocacalles que daban acceso a la plaza del teatro se hallaban ocupadas por soldados de Infantería y miembros de la Guardia Civil, que cerraban el paso del público para que no se entorpecieran las tareas de extinción ni se lesionase algún curioso con el desprendimiento de elementos de las fachadas (43). En la farmacia de Antonio López Gómez, en la Trapería, se estableció una provisional Casa de Socorro, en la que se instaló un botiquín y todo el material sanitario de la Cruz Roja, que estaba en el edificio del teatro, sobre las habitaciones del conserje, de donde fue salvado por los bomberos. Allí recibieron atención médica el carabinero Ramón Soler López, lesionado en una pierna cuando arrojaba ropas por una ventana de la guardarropía alta, dos bomberos contusionados y cuatro o cinco paisanos que sufrieron ligeras heridas, cuando cooperaban a salvar efectos y contener las llamas (44). Alrededor del teatro y en el vecino solar de la familia Zabálburu se amontonaban muebles, ropas y diversos objetos, entre ellos los enseres utilizados en la zarzuela *Gigantes y cabezudos*, que iba en su repertorio, así como el vestuario y archivo de Cereceda, que éste, personalmente, se dedicó a ordenar (45).

Gracias al esfuerzo de todos, el inmueble pudo salvarse parcialmente. La Prensa local exageró la catástrofe (46), que fue, eso sí, muy espectacular. El mismo día del siniestro y a pocas líneas de distancia de la supuesta destrucción total, se admitía que había quedado indemne la parte del edificio que daba a la fachada principal, y en la cual se hallaban el salón de baile, la taquilla y salón de espera y las habitaciones del conserje, así como los camerinos de los actores (47). En el periódico de Tornel pudo leerse: “Los salones de la guardarropía, cuartos de actores y vestíbulo era lo que ofrecía alguna seguridad en ellos. / De lo que fue escenario quedaban en pie solamente los altos postes con las señales del fuego, y en lo que fue patio se elevaban las columnas de hierro formando (las de la misma línea de los diferentes pisos), una sola, del anfiteatro de butacas, galerías y

(42) HM 11-12-99.

(43) Lug. cit.

(44) DM 12-12-99.

(45) Lug. cit.

(46) Es erróneo, por ejemplo, el testimonio del “Heraldo”, al escribir que el teatro había quedado “reducido a un montón de escombros y cenizas” (HM 11-12-99). Como es igualmente incierta la afirmación de “El Diario de Murcia” de que “el incendio ha reducido en pocas horas a escombros y ceniza nuestro magnífico Teatro Romea” (DM 12-12-99). Las descripciones de los hechos, en estos mismos periódicos, días después, dan una medida más ponderada.

(47) HM 11-12-99.



paraíso” (48). De la sala -se precisó- “sólo permanece en pie la mayor parte de las columnas grandes de hierro, que servían de sostén a los pisos. / De las butacas de anfiteatro ha quedado parte de las barandas laterales del pasillo central. / (...) Todo el patio no es otra cosa que un montón de ruinas, lo mismo que el escenario” (49).

Al día siguiente continuaban sus trabajos los bomberos, como se ha indicado. Pero su labor era más bien de derribo de todo cuanto resultaba peligroso. El fuego estaba extinguido por completo, si bien humeaban aún las ruinas (50). Se echaron a tierra “los altos pilares de sillería del escenario, que estaban visiblemente quebrantados” y se hizo “atando cuerdas a algunos de ellos que, al caer, derrumbaron a los demás con gran estruendo”. A las seis menos cuarto de la tarde, se consideró terminada la tarea de la brigada y quedó por precaución un retén (51), reducido a una pequeña bomba de agua servida por cuatro personas (52).

En cuanto a la causa del siniestro, la versión más creíble es que se produjo por “la combustión de un manajo de cables del alumbrado eléctrico” (53). Más concretamente se dijo que fue “por haberse fundido los cables que parten del cuadro de distribución de la luz eléctrica, creyéndose asimismo que el relámpago que el público advirtió y fue motivo de la alarma, no era otra cosa que una descarga eléctrica” (54). El cuadro de la luz parece que se hallaba confiado a un muchacho, y a la inexperiencia de éste pudo ser debida la descarga que se originó. También se comentó que era muy deficiente la instalación de dicho alumbrado (55). La compañía eléctrica, para eludir su responsabilidad, hizo público un escrito, manifestando que debió ser una cerilla o una punta de cigarro la causa del siniestro, ya que en el escenario se fumaba “sin precaución alguna”. Agregó que no se notó nada en el cuadro de distribución ni en el alumbrado, el cual no cesó “hasta que la fábrica dispuso suspender el servicio para evitar grandes averías que se hubieran producido por pasar sobre el edificio el *feeder* que alimenta la caja de distribución de la calle de Sagasta” (56).

En cualquier caso, el fuego se propagó a una bambalina y de ésta a las demás, con gran rapidez. Y cuando bajó el telón de boca, cayó ya ardiendo. Faltaban en el Romea dos elementos básicos de seguridad: un telón metálico, que aislase el escenario de la sala, y un retén de bomberos, como hubo otras veces (57); ambas

(48) DM 12-12-99.

(49) HM 12-12-99.

(50) Lug. cit.

(51) DM 12-12-99.

(52) HM 12-12-99.

(53) HM 11-12-99.

(54) DM 12-12-99.

(55) HM 11-12-99.

(56) DM 13-12-99

(57) HM 11-12-99.



TEATRO ROMEA

GRAN COMPAÑIA DE ZARZUELA Y ÓPERA ESPAÑOLA

DIRIGIDA POR EL MAESTRO

DON RICARDO SENDRA Y DON LUCIO DELGADO

Funciones para hoy 10 de Diciembre de 1899

POR LA TARDE.—A las 3 y media

La siempre aplaudida zarzuela dramática en 3 actos del maestro Marqués,

El anillo de hierro

Desempeñada por las principales partes de la compañía.

PRECIOS.—Los de costumbre.

Entrada general 50 céntimos.—Medias entradas 25 id.

POR LA NOCHE.—A las 8 y media.

11.^a DE ABONO DE LA 3.^a SERIE

La bellísima zarzuela en tres actos del maestro Barbieri:

Jugar con fuego

en cuyo desempeño toman parte toda la compañía.

Segunda representación en esta temporada de la bellísima zarzuela en un acto, original de D. Miguel Echeagaray, música del eminente maestro Caballero, titulada:

El duo de la Africana

A LAS OCHO Y MEDIA

PRECIOS.—Los de costumbre.

Entrada general 50 céntimos.

NOTA.—Se activan los ensayos de las hermosas zarzuelas. *El reloj de Lucerna, El milagro de la Virgen y Un tesoro escondido.*

OTRA.—Los Sres. Abonados podrán disfrutar gratis sus localidades en la función de la tarde, tan solo abonando el importe de la entrada.

OTRA.—El Impuesto del timbre queda á cargo del público.

Murcia—Tip. de A. Saez

Un cartel histórico: el del día del segundo incendio
(Archivo de Julio Navarro)

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"



carencias fueron muy criticadas. En cambio, hubo dos circunstancias positivas: una, la disposición arquitectónica del teatro, que facilitaba su desalojo (si bien existió el fallo de que las puertas laterales estuviesen cerradas y sin nadie a su cargo); otra, la serenidad del maestro Mirete, quien siguió dirigiendo la orquesta durante unos minutos, con lo que evitó una desbandada suicida (58).

Añadiremos como curiosidad que el Romea tenía concertado un seguro de incendios con tres compañías y por las cantidades siguientes: con "La Unión y el Fénix español", por 133.400 pesetas; con "El Fénix francés", por 58.300, y con "La Catalana", por otras 58.300. En total, pues, 250.000 pesetas. En años anteriores, el seguro alcanzaba 375.000, pero durante el mandato de Juan de la Cierva como alcalde se rebajó por exigencias de la economía municipal (59).

(58) DM 12-12-99.

(59) HM 11-12-99.

